

el relato. El milagro es en él con mas frecuencia la ocasion del precepto y el precepto la intencion del milagro; y para decirlo todo, el hecho no es en él otra cosa que la moral en accion y la doctrina en resultado. Jesus es quien hace el milagro, pero la fé del fiel es quien lo obtiene, y á quien aprovecha es á nuestra fé para persuadirnos la moral. Asi fluyen de una misma fuente hácia un mismo objeto moral, milagro y doctrina, y es tal la solidaridad que los enlaza, que es preciso desecharlos ó aceptarlos á la vez. El Evangelio está como la túnica de Cristo, *sin costura*, y no puede dividirse. Puede tambien aplicársele aquella célebre frase de San Pablo sobre Jesus, que recae como un anatema de la conciencia sobre M. Renan: "En él no hay sí y no; pero en él hay un sí inmutable (1)." Esta es la exclusion, la maldición del *próximamente ó poco mas ó menos*.

Y es esto tan cierto, que el mismo M. Renan se encuentra, por no haber rechazado todo el Evangelio, cogido en cierto modo en la autenticidad que ha reconocido en él, sin que puedan librarle de ella sus reservas sobre este punto. El Evangelio se le ciñe, por decirlo así, como otra túnica de Neso, de que no puede desprenderse sin desgarrar en cierto modo á la razon; como acontece en su discusion sobre el milagro de Lázaro.

Por eso, M. Scherer y M. Havet, juzgándose mejor informados, le reprehenden sobre este particular.

Nada mas instructivo que su crítica. Oigamos primeramente á M. Scherer.

"No se puede llegar á la Vida de Jesus, dice, sin hallar en el umbral una gran cuestion, la del valor histórico de los libros que son los documentos de esta historia. *Dos son los caminos que pueden seguirse en este punto.* Por una parte; *se puede* tratar de justificar, ateniéndose á las noticias que nos dan los mas antiguos Padres de la Iglesia, que los Evangelios son obras de los escritores cuyo nombre llevan hoy: que los unos emanan de los apóstoles y los otros de los discípulos de los apóstoles, y que por consiguiente, todos tienen la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente. Pero *podrá suceder*, por otra parte, que la crítica encuentre las noticias de los mismos Padres oscuras ó inciertas, que las considere como insuficientes para justificar la identidad de los Evangelios con las de que tuvo conocimiento esta remota antigüedad, y desesperando de su causa, que renuncie á esas estériles investigaciones sobre la paternidad de los libros de que se trata, atendiendo solo al contenido de estos escritos, y decidiendo de su valor por la sola coherencia interna y la verosimilitud de sus relaciones."

"Necesariamente han de ser muy diversas las consecuencias de estos dos modos de ver. Y en efecto, si se consideran los Evangelios, al menos los tres primeros, como una obra en cierto modo impersonal, como una especie de depósito sedimentario que ha dejado la tradicion, como una formacion gradual, popular y en la que ha sabido procurarse la leyenda un lugar ó espacio considerable,—si, repito, se ratiocina así, nada impide ya atribuir

(1) II, *ad Corinth.*, I, 18-19.

buir los relatos maravillosos é increíbles á este mismo origen. Tenemos ante nosotros un testimonio elástico que se plega á toda clase de dudas y conjeturas, y que jamas se quiebra en nuestras manos, porque nunca le pedimos sino lo que puede darnos.

"Pero no sucede lo mismo desde el momento en que nos imaginamos tener á nuestra vista testigos oculares de la historia evangélica, relatos de los propios compañeros de Jesus, ó bien recuerdos de los discípulos de sus discípulos. Entonces cambia completamente la posicion del crítico. Tiene que habérselas con relaciones de prodigios, con historias de mares aplacados y de muertos vueltos á la vida, y no pudiendo explicar ya estos relatos por los hábitos bien conocidos de la tradicion, y hallándose cara á cara con un escritor que dice: lo he visto y lo he oído, se halla obligado el historiador á recurrir á la suposicion de algun fraude. Le harian pasar por muerto las hermanas de Lázaro. El mismo Jesus se prestaría, aunque á pesar suyo, á estas supercherias. Así es como se ve obligado, M. Renan, por sus miras sobre la autenticidad de los Evangelios, á hacer hipótesis, que no solo han escandalizado á los fieles, sino que con ellas, estoy firmemente persuadido de esto, se desconoce gratuitamente la candidez y la pureza del predicador de Galilea." — "Hé aquí las censuras que no pueden dejar de hacer á M. Renan sus admiradores."

No parecerá sobrado larga esta cita, si consigo sacar de ella todo lo instructivo que contiene.

En primer lugar, debemos felicitar á M. Scherer por haber roto abiertamente con M. Renan, sobre la complicidad de fraude que éste atribuye á Jesus en la resurreccion de Lázaro; volviendo sobre esta felicitacion en nuestro próximo capítulo sobre los milagros. Pero confieso no comprender á M. Scherer en todo lo demas de su critica, ó mas bien, temo comprenderlo demasiado.

Segun él, M. Renan se ha visto obligado á recurrir á una suposicion de fraude para explicar el milagro de Lázaro, desde el momento en que ha reconocido la autenticidad y la autoridad del Evangelio que refiere este suceso. Luego segun M. Scherer, no debió haber reconocido esta autenticidad, sino seguir el otro de *los dos caminos* que hay respecto al valor histórico de los Evangelios, á saber; el de no atribuirlos á los escritores cuyo nombre llevan y ver en ellos solo un depósito sedimentario que ha dejado la tradicion, un testimonio elástico que se plega sin dificultad á toda clase de conjeturas.

Pero yo creo que la falta que le censurais haber cometido á la salida del camino que ha tomado, la cometéis vos mismo á la entrada del que le aconsejais que siga. El partido de evitar reconocer la veracidad de los Evangelios no es menos grave que el de habiendo reconocido esta verdad, venir á desconocer la candidez y la pureza del predicador de Galilea, y aun es mas grave, en cierto sentido, porque no concede nada á la verdad y la niega desde el principio.

Y ¿no sería pues, una cuestion de táctica y no de crítica, esta gran cuestion sobre el valor histórico de los Evangelios que se levanta en el umbral de toda la Vida de Jesus? ¿Tendria tal fuerza en vosotros, señores, el partido

sistemático de incredulidad, que fuera indiferente la verdad sobre este punto (según vosotros no obstante, decisivo,) ó que por lo menos solo se la debiera conocer para evitarla mejor?

Dos son los caminos que hay que seguir sobre esto, direis: por una parte, se puede reconocer que tienen los Evangelios la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente (y esta es vuestra opinion personal expresada al fin de vuestro artículo de 28 de julio de 1863); pero por otra parte se podría, decís, ver solo en ellos una leyenda, é insinuais á M. Renan que hubiera debido seguir este camino. Pero si tiene alguna parte la verdad en una cuestion en que debe ser el todo, me parece que no puede seguirse uno ú otro camino *ad libitum*, y como por seguir alguno, y sobre todo, dejar el verdadero por el falso. Sobre esto no puede haber mas que un camino, y es el verdadero; es precisamente el que aconsejais que se evite. Pero yo felicito mucho mas á M. Renan por haber entrado en esta única vía, confesando la autenticidad de los Evangelios, que lo que os felicito á vos, por no querer salir de ella con él, imputando á Jesus una impostura. Porque en definitiva, M. Renan ha sido torpe á costa suya, y vos sois diestro á costa de la verdad.

Pero no, él no tiene el mérito ni el demérito de esta torpeza; puesto que ni vos ni él podeis negar la autenticidad, la autoridad histórica de los Evangelios, y no dudeis, que quien no ha retrocedido ante el ultraje á la persona, no hubiera retrocedido ante la idea de formar un proceso á la historia de Jesucristo, si hubiera sido sostenible.

El sistema de la leyenda ha quedado enterrado definitivamente con su autor, con Strauss. Esto no ofrece duda. M. Renan sabe mucho mas que vos sobre ello. Y si no os basta su autoridad, oid tambien á M. Salvador, á quien su doble hostilidad de judío y de racionalista, no impide reconocer que: "Jamás podrán sostenerse estas hipótesis ante el Nuevo Testamento."—"El lenguaje oriental y muchas veces sublime de estos libros les da un sello general de autenticidad y de sinceridad (1)."—"Lejos de desaprobarnos las diferencias que se encuentran en este cuádruplo monumento, constituyen estas su verdadera riqueza; y lo agrandan, conservando en él la huella involuntaria y sencilla de los hombres y de las circunstancias [2]."—"Las tradiciones de los cuatro evangelistas concuerdan con todas las obras de los apóstoles y con la multitud secundaria de relatos apócrifos. Es imposible, después de un exámen reflexivo, no adoptarlas en su conjunto como monumentos verdaderos (3)."

M. Renan ha sacado, pues, todo el partido posible de la situacion en que ha puesto la ciencia á la incredulidad, ganando la ventaja de un *poco mas ó menos*.

Esto es, no obstante, lo que M. Havet le perdona menos, aunque M. Scherer; sin duda porque tiene por sí mejores recursos.

[1] *Jesus y su doctrina*, lib. II, p. 492.—Prólogo, p. 8.

[2] *Ibid.*, lib. II, p. 167.

[3] *Ibid.*, pág. 164.—Véase tambien un excelente opúsculo de M. Atanasio Coquerel, *Contestacion al libro del doctor Strauss LA VIDA DE JESUS*. Paris, 1844.

Fuerte con su confianza en estos, se arriesga á razonar resueltamente:—"En ciertos momentos, dice, se complace M. Renan en creer que oye á Mateo en el Evangelio que lleva este nombre, y á Juan en el cuarto y en los otros dos á los otros dos [*sic*] compañeros de Jesus. Queda indeciso y vago, y dice: «Son poco mas ó menos ó próximamente los autores á quienes se atribuyen,» como si pudiera haber sobre esto *poco mas ó menos*. O bien: «No me atrevo á persuadirme que se haya escrito *enteramente* el Evangelio «mas antiguo por pluma de un antiguo pescador de Galilea,» no obstante, «serle absolutamente imposible, distinguir lo que acepta y lo que rechaza [1]"

Esto tiene un sentido muy claro: solo falta sacar la consecuencia de que los Evangelios no son *próximamente ó poco mas ó menos*, sino *enteramente* de los autores cuyos nombres llevan,—y esto por todas las razones que ha dado M. Renan sobre ello.

Pero M. Havet es demasiado consecuente con la incredulidad para serlo con la verdad, y no ha hecho uso alguno de la razon, con respecto á nosotros. De que no pueden los Evangelios ser poco mas ó menos verdaderos, deduce que son enteramente falsos (2). Pero mas prudente en esto que M. Renan, lo hace de modo que no se compromete á la manera de los bráculos.

"Formaría una verdadera obra por sí sola, dice, un tratado completo «sobre la redaccion de los Evangelios; yo no puedo hacer aqui este tratado, «y me es imposible toda discusion: solo puedo enunciar sin probarlo, lo que pienso. Pienso, pues, que no solamente no escribió nada Jesus, sino que tampoco escribieron nada los compañeros de Jesus; que, en su consecuencia, no es auténtico ningun Evangelio, ni ninguna parte del Evangelio, y «que no hay mas escrito auténtico en lo que se llama Nuevo Testamento que «las Cartas de Pablo."—He dicho.

Esto es espedito. Se ha hecho mas que cortar la cuestion; se la ha suprimido por la autoridad del libre pensador: No se trata, pues, ya de si son falsos los Evangelios y por qué son falsos; no hay ya Evangelios, ha desaparecido el cuerpo de la discusion, y no tenemos mas que mirarnos unos á otros. Todo eso lo ha verificado el *yo pienso, pues*, y no hay sino preguntar si M. Havet se ha convertido en *Aristóteles*; y si nos hallamos nosotros en la *edad media*. (3)

Porque en efecto, estos señores quieren volvernos á la edad media; pe-

(1) *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de Agosto de 1863, página 582.

(2) Hasta tal punto, que M. Havet, profesor en el colegio de Francia, se ha atrevido á escribir estas líneas: "Aun en los Evangelios, no se halla *absolutamente* borrada ó eclipsada la verdad, pues se encuentran entre ellos, rasgos que la revelan."

(3) Aristóteles nunca dijo: *enuncio sin probar lo que pienso*; ni sus discípulos de la edad media imaginaron jamás sujetarse á la *enunciaci3n sin pruebas* del pensamiento del filósofo, como hoy lo hará cualquiera que siga la *enunciación sin pruebas* de Havet. (*La Religion y la Sociedad*.)

ro à una edad media de materialismo y ateismo, así como la primera edad media lo fué de metafísica y de fé.

Mas como todavia no estamos enteramente en ella, me permitiré de cir francamente à M. Havet, que es ponerse igualmente fuera de discusion el suprimir ésta; que quien ha obtenido la honra de un elogio como el que le tributa M. Sainte-Beuve, al decir que "és un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos cada vez una obra maestra de crítica en su genero," debe cuidarse algo mas de justificalo; que, cuando se emplean así tres ó cuatro años para reunir sus pruebas, no se puede alegar, tanto como cualquiera otro, el derecho de escusarse de presentarlas; que vale mas permanecer en este caso en silencio, y que siempre hay tiempo para callar, cuando no se está en situacion de hablar; que si esto es verdad con respecto à toda tésis, por poco que se la niegue ó combata, y sobre la que no se tiene entera obediencia, es inalicable respecto de un mentis dado al Evangelio y à la fé del género humano, dado à la evidencia histórica, à la ciencia misma adormecida, y à una verdad que reúne en su favor todos los partidos.

Sepa, en efecto, que el mismo Strauss conviene en que à fines del siglo segundo despues de J. C. y segun vemos por los escritos de San Ireneo, Clemente de Alejandria y Tertuliano, nuestros cuatro Evangelios eran reconocidos como procedentes de los apóstoles y de discípulos de los apóstoles entre los ortodoxos (1) y que como documentos auténticos sobre Jesucristo, habian sido separados de una multitud de documentos semejantes (2). Hay mas, Strauss conviene con el testimonio de Justino, de Papias y del mismo Celso, en "que han debido formarse la mayor parte de los relatos evangélicos "durante los treinta y algunos mas años" transcurridos entre la muerte de "Jesus y la destruccion de Jerusalem (3);" y en su consecuencia, à vista de los apóstoles, y por ellos à sus discípulos.

¿Y se atreve M. Havet à rechazar los Evangelios, contra tales pruebas mas allá de la generacion apostólica, es decir, hácia el siglo segundo? Fácil es de concebir, que no puede hacer mas que enunciar esto sin probarlo. Pero lo que no se concibe es, que ni siquiera lo enuncie. Es verdad que dice lo que piensa y que sobre todo es libre pensador, y como tal, dispensado de toda prueba, emancipado de la ciencia y de la razon, para emanciparse mejor de la verdad y del Evangelio.

Y aun respecto de esto, no lo está, puesto que admite las *Epístolas* de San Pablo.

Estas epístolas, en efecto, así como los *Actos* que son su relato, suponen por doquier el Evangelio, quiero decir, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesus y su doctrina; de ellos están impregnadas estas epístolas, ó por mejor decir, ellas son el Evangelio mismo predicado, y si no existieran los Evangelios podrían sustituirlos. Si pues no se rechazan tambien estas epis-

(1) Y tambien entre los herejes.—Véase San Ireneo.

(2) Strauss, *Vida de Jesus*, introduccion, § 13.

(3) *Ibid.*, *Ibid.*, § 14.

tolas, es decir, la historia misma entera de los orígenes del Cristianismo, no se prueba nada contra la causa cristiana, esta se sostiene en toda su fuerza. Las escrituras del Nuevo Testamento se hallan ligadas entre si con tan fuerte nudo, con tan íntima correlacion, que no puede menos que recibirse-las à todas como auténticas, ó rechazarlas todas como supuestas. En todas ellas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Así, el libro de los *Actos* contiene lo esencial que contienen los Evangelios. Son ininteligibles las epístolas de San Pablo, si no se admiten los Evangelios y los *Actos*. Las epístolas de San Pedro, de Santiago y de San Juan, se refieren manifiestamente à las de San Pablo. Ninguna de ellas, en fin, ni aun la de San Judas, no obstante ser tan corta, dejan de recordar todos los fundamentos del cristianismo, ya respecto de los milagros, ya en cuanto à la doctrina. No es, pues, aquí posible elegir, porque no podría exceptuarse nada que no hiciera revivir todo lo demas. Para esta excepcion seria forzoso romper las tablas de la historia, y aun así, cada uno de sus menores fragmentos reflejaría la divina figura de ese Cristo que es su ley, y no se habria hecho mas que multiplicar sus testimonios.

Hé aquí à lo que se ha opuesto la incredulidad, saliendo de la negativa y arriesgándose à entrar en el terreno positivo de la ciencia y de los hechos. Por mas que diga M. Scherer, hubiera hecho mejor en *continuar eludiendo la dificultad*, y en mantenerse en la irracional negativa à que quiere hacerla volver M. Havet. El público que no tiene tiempo para remover estas cuestiones y que no siempre cree à los hombres particulares, bajo su palabra, hubiera podido creer que habia siempre algo que contestar à los apologistas cristianos, y que el silencio ó el sarcasmo de los espíritus fuertes ocultaba algunas elevadas razones para no rendirse. Pero M. Renan ha desgarrado el velo, presentando desnudo todo lo que puede contestar la incredulidad, es decir, todo lo que no puede ó à que no tiene nada que poder contestar. Ha hecho mas; ha comprometido para siempre su causa por medio de confesiones de que no podrá desdecirse la incredulidad, por mas que se haga, y que arrastran fatalmente à las consecuencias mas monstruosas para la razon y la conciencia, si no vuelven à conducir à la fé.

Hé aquí lo que va à demostrarse mas y mas en la serie de este trabajo.

CAPITULO VIII.

LOS MILAGROS.

Triste tarea es, en verdad, la que nos hemos propuesto: triste para la fé y mas triste para la razon; porque si ofende à la fé la obra que examinamos, al menos la sirve de alguna utilidad, y es una gloria de la fé como dice Pascal, tener por enemigos gente tan falta de razon, y aun viene à demostrarla, vengándola, el perder así el sentido los que la atacan. Pero qué espec-